

La década revuelta



RICARDO POZAS HORCASITAS

La década de los sesentas es en particular significativa; durante ella termina el conjunto de valores sociales que había dado significado al paradigma del progreso lineal y binario construido al final de la segunda Guerra Mundial, como el destino de la sociedad global dividida en bloques.

En esa década, singularmente violenta, de ruptura e innovación, se elaboran los significados que confieren sentido a las nuevas conductas sociales y en torno a los cuales se cimenta la nueva moral pública, que convierte a los individuos y grupos atrincherados en la "sociedad civil" en críticos del desgaste moral del statu quo. Éstos atacan el pragmatismo vigente como el sentido último de la reproducción de las instituciones políticas. "Defiendo a la revolución como moral", diría Guevara frente a una Cuba incorporada a la estrategia pragmática del mundo en bloques.

En los años sesentas el mundo sufre un vuelco y los inferiores y subordinados de las décadas anteriores se convierten en los actores centrales de la propuesta del cambio social y político: los jóvenes y los pueblos colonizados o periféricos, los negros y los amarillos respondieron a la nueva llamada de liberación del mundo occidental.

Del otro lado del muro, en el seno de la otra armonía de la historia, complemento inevitable del capitalismo, el Estado soviético sanciona la autenticidad del acta de defunción de las libertades en el mundo comunista, dictada por Lenin en 1917, cuando enterró la democracia de los soviets. En 1968, los tanques rojos pasan en Praga sobre la primavera de la libertad. "Prohibido prohibir", repetirán los muros, como eco de la nueva vitalidad de las voluntades revueltas.

El mundo paría, en esos años, lo posible y lo inédito, y abría el horizonte de los imaginarios colectivos a una nueva

moral que reemplazaba la medida con que en el sistema de valores juzgaban las conductas de los demás. En esta década, el *status* de los inferiores pasa a ser el *status* de "los otros": de los iguales. El negro deja de ser "negro", el indio no lo es más y los hijos y sus gritos sustituyen la oración de gracias a la hora de los sagrados alimentos. La rebeldía de "los otros" irrumpe en el viejo y monótono monólogo que predica las viejas glorias de una generación, victoriosa en la guerra y el progreso.

Ésta es, para América Latina, una década violenta con proyectos de cambio permanente, en la cual los actores que propugnan la transformación de un statu quo agotado ocupan todo el espectro social existente.

Las conductas y las estrategias para el cambio de la sociedad latinoamericana van desde la derecha hasta la izquierda, y del mundo rural, de campesinos e indígenas, monolingües y analfabetas, al de intelectuales posgraduados y cosmopolitas. Pero la fuerza de ese cambio enrola también a los políticos y hacendados herederos de "buenas familias" y tradiciones oligárquicas, defensores de poderes políticos regionales, así como a los militares formados en West Point con una visión global y una estrategia mundial de dominación y guerra entre los bloques.

En los años sesentas la estructura social de América Latina cambió radicalmente. La industrialización acelerada detonada por el proceso de sustitución de importaciones daba sus primeros frutos: la presencia masiva de los sectores medios en el mundo urbano.

Los valores urbanos creaban la nueva racionalidad de la rebeldía y la ciencia sustituía a la vieja teología: el psicoanálisis vociferaba en los cafés de las ciudades latinoameri-

canas y los amantes fantaseaban la manera en que refundarían la pareja humana; la píldora liberaba el amor de la maternidad y la sensualidad creaba el gran cisma en la Compañía de Jesús. Los hijos de Loyola, junto con sus compañeras del Sagrado Corazón, no serían más ni castos ni los educadores de las elites cerradas. Los que hasta entonces fueron los guardianes de “un mundo para Julius” revisaban las sagradas escrituras y volcaban su fe en “los pobres de la tierra”, verso de Martí al que le puso música el entusiasmo de los mítines libertarios. Como en el Viejo Testamento, la fe alzó la cruz y la espada y los sacerdotes se volvieron guerrilleros, como Camilo Torres en Colombia, y mostraron a Dios a los nuevos hombres de “buena voluntad”.

El peso de las clases y los grupos sociales constituidos en torno al mundo agrario fue perdiendo su exclusividad en la organización y reproducción de los valores que fundaban la autoridad de sus regímenes políticos. La urbanización y la ampliación del sector terciario de la economía trastocaban, poco a poco, los valores y las creencias de un imaginario colectivo en constante efervescencia, con una amplia tendencia hacia la cultura del mundo externo que desgarraba el encerramiento propio de las tradiciones oligárquicas, regionales y nacionalistas, aún presentes en la noción de autoridad social y política de América Latina.

Al final de los años cincuentas culmina la idea de que la modernización desplazaría al mundo tradicional. En el horizonte latinoamericano —una vez más—, el desarrollo aparecía como la clave productora de las nuevas conductas democratizadoras y ciudadanas “similares”, aunque no iguales, a las del mundo “desarrollado”, de los países centrales de Occidente; naturalmente, de esa imagen se excluía todo aquello que fuera la excepción de la armonía del bienestar idílico: el racismo en Alabama, la complicidad con el *apartheid* de Sudáfrica, la violencia en las colonias de Indochina o la otra Argelia, la que Albert Camus mostró a los existencialistas, ciudadanos y libertarios de Saint German des Prés.

El proyecto de modernización confirmaba su mejor tradición contemporánea, aquella sintetizada en la respuesta dada por el gran filósofo de la historia que, a más de un siglo y medio de distancia, respondió: “Si el nuevo planeta descubierto por los astrónomos no está en mi enciclopedia, peor para el planeta.”

La pragmática política elaboraba los términos constitutivos de la nueva metáfora de la historia con la que se cimentaba la visión binaria del planeta y sus regiones: el mundo en general se dividía en dos bloques militares y políticos y

América Latina en dos culturas: la tradicional y la moderna. El desarrollismo acabaría por homologar y tirar los lastres tradicionales que impedían el verdadero despegue latinoamericano: el *take off* que, según la teoría del señor Rostow, especialista del Instituto Tecnológico de Massachusetts en buenos consejos y teorías para los otros, haría a los latinoamericanos tan hermosos como los que vivían en Beverly Hills.

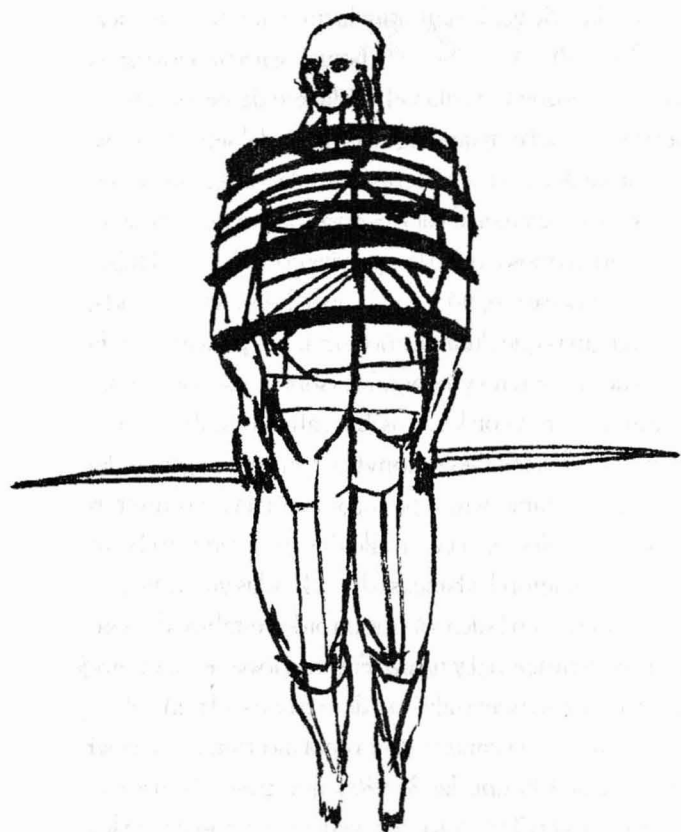
El mundo se amplió y, en el curso de esa sexta década, los paradigmas que durante años sirvieron para enfocar la mirada de las mujeres y los hombres sobre todas las realidades se empañaron con los años. La realidad cambió de manera radical, los jóvenes se convirtieron en los agentes del escándalo y la paradoja que protagonizaron la construyeron el rock y la revolución. Fueron ellos los que liberaron el sexo y la patria, hicieron las bandas (de rock) y las guerrillas con las que enfrentaron la densidad de un orden establecido pesadamente institucional y rígido. Frente a los ojos desorbitados y atónitos, lo nuevo alzó la *v* de victoria o el puño blanco de la mano de la pantera negra para mostrar, como en el México de las Olimpiadas de 1968, que, pese a la masacre de los jóvenes en Tlatelolco, eran ellos los que ganaban los juegos de la historia.

Las andanzas de la violencia

En América Latina la década de los sesentas se divide políticamente por lo menos en tres periodos distintos: el primero de ellos da inicio con el triunfo de la Revolución cubana, el 31 de diciembre de 1958, acontecimiento central que inaugura un nuevo ciclo y cierra el periodo abierto en 1945, al final de la segunda guerra. Este acontecimiento es el detonador de un periodo de auge de la movilización política de izquierda y la proliferación de los movimientos guerrilleros en la región.

El ascenso de las actividades guerrilleras estimuladas por el triunfo de la Revolución cubana se confirma en 1961 con la derrota de la invasión de Playa Girón. Estos movimientos, que dieron su fisonomía a la década, fueron *grosso modo* los siguientes:

En Brasil las movilizaciones populares crearon el clima político que frenó el intento de golpe de Estado de 1961 a partir de la renuncia de Quadros y la radicalización de sectores del ejército —que culmina con el alzamiento de los sargentos de Brasilia, en 1963, y con el movimiento de los marinos de Río, en 1964, que fue uno de los detonadores del golpe— que se oponían abiertamente a la llegada a la presi-



dencia de Joao Goulart.¹ Surgieron nuevas organizaciones de izquierda como Política Obrera, Partido Comunista do Brasil, Acción Popular y Movimiento Tiradentes, todas las cuales planteaban la necesidad de insurreccionarse. Algunas de ellas, como el Movimiento Tiradentes, vinculado con las Ligas Campesinas, empezaron a preparar la insurrección en 1962, aunque luego no lograron iniciarla.

En Guatemala nació el movimiento guerrillero entre 1961 y 1963, como resultado de una serie de alzamientos provocados por la radicalización de sectores militares y el alumbramiento de grupos urbanos de resistencia guerrillera.

En Nicaragua se formó el Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1961 y estalló el movimiento guerrillero.

En 1962 Venezuela es escenario de movilizaciones sociales, huelgas y luchas callejeras; los trabajadores del transporte inmovilizan las ciudades, los militares se alzan en Carúpano y las revueltas culminan en la unificación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Partido Comunista Venezolano, mediante acciones de guerrillas urbanas y rurales.

¹ El 27 de agosto de 1961, el ministro de las fuerzas armadas Denys afirma que no permitirá a Goulart llegar a la Presidencia. Mientras tanto, fuerzas militares y sociales vinculadas a Joao Goulart hablan de una guerra civil si éste no llega al poder. Véase Guillermo Boils, Aurora Loyo y Ricardo Pozas Horcasitas, *Cronología de la violencia política en América Latina (1945-1970)*, t. I, IIS-UNAM, México. (Reproducido en offset.)

En Colombia la politización del movimiento campesino crea las llamadas regiones de autodefensa, territorios autogobernados por campesinos. El proceso culmina en 1964 con la toma por el ejército de la zona de autodefensa de Marquetalia. A partir de este acontecimiento se inicia el movimiento de la guerrilla, liderada en el sur del país por Marulanda, miembro del Partido Comunista Colombiano, y en el norte por el Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Fabio Vázquez Castaño, quien empieza las acciones en 1964.

En Perú aparece un número importante de movimientos ligados a los procesos insurreccionales: en el sur el movimiento campesino, liderado por Hugo Blanco, y el Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR). La irrupción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) representa un intento de superación del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) rebelde y en 1965 inicia acciones guerrilleras en el centro y en el sur del país, dirigidas por Guillermo Lobato y Luis de la Puente Uceda. Las guerrillas peruanas comienzan a actuar cuando ya era clara una situación de descenso del movimiento popular, tanto en el Perú como en el continente. Quizás por eso mismo fueron liquidadas muy pronto.

En México fue hecho prisionero el gran pintor y muralista David Alfaro Siqueiros (agosto de 1960), quien organizaba un movimiento guerrillero, y en el estado de Morelos el luchador agrario Rubén Jaramillo fue asesinado por miembros del ejército junto con su mujer con seis meses de embarazo y sus hijos. El 23 de septiembre de 1965, las fuerzas armadas rechazaron un ataque guerrillero en la ciudad de Madera, Chihuahua. En 1968 también se organizó la guerrilla en el estado de Guerrero, dirigida por Genaro Vázquez.

Además hubo intentos guerrilleros, aunque frustrados, en Paraguay, Argentina, Honduras, Ecuador y Brasil, entre 1960 y 1963.

Vinculados con estos procesos políticos de movilización popular, se registran la contención de los intentos de golpe en Brasil en 1961 y el golpe contra Frondizi en Argentina en 1962, al cual siguen elecciones en que Illia resulta presidente. En Perú, también en 1962, se escenifica el golpe contra los apristas y se pretende dismantelar el movimiento campesino mediante la ocupación militar de la llamada La Convención, lo que se logró en parte, aunque luego se levantó tal ocupación en junio de 1963, época de la ascensión de Belaúnde al poder.

El segundo ciclo está fundamentalmente constituido por la reacción de las elites políticas y militares latinoamericanas que, junto con el Departamento de Estado de los

Estados Unidos y los distintos grupos de inteligencia y de interés geopolíticos, convergen en la creación de una estrategia de guerra en América Latina frente a la expansión del bloque comunista alentada con el apoyo cubano a los movimientos guerrilleros en los países sudamericanos.²

Esta respuesta consolidó a las fuerzas armadas, que modernizaron su equipo y sus técnicas militares antiguerrilla, y culminó con su presencia en la dirección del Estado y la militarización de los gobiernos de la región a partir de la serie de golpes iniciados en Bolivia y Brasil en 1964. En 1965, los militares llegan al poder en Argentina y ese mismo año ocurre la invasión de Santo Domingo por los Estados Unidos y algunos países latinoamericanos.

En 1966 se produce la masacre de campesinos en Perú y surgen grupos paramilitares en Guatemala; Camilo Torres muere el 18 de febrero. Finalmente, el *Che* Guevara, que había caído preso en Bolivia en 1967, es asesinado.

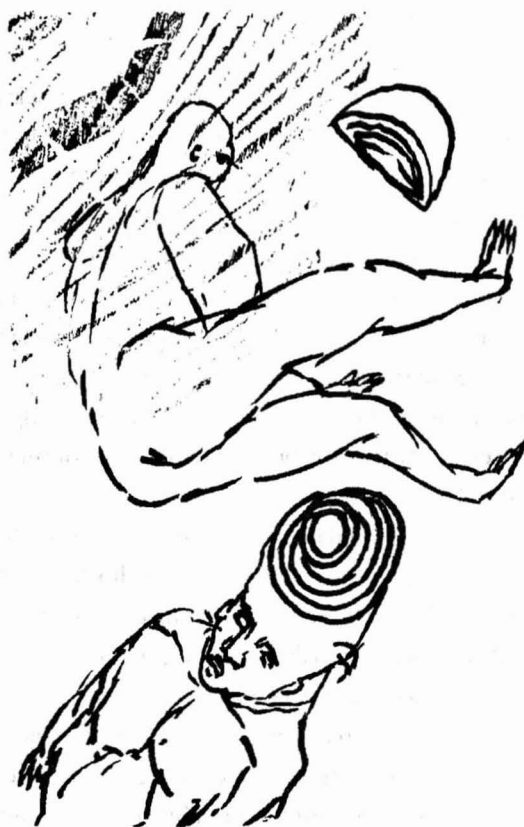
Un tercer ciclo que corre paralelo, pero que se diferencia de los dos procesos militarizados anteriores y se inscribe en la creciente expansión del mundo urbano y sus movimientos sociales, es el de las luchas cívicas democráticas, ligadas o no a los movimientos guerrilleros e inscritas en el espectro del marxismo, y la presencia de las direcciones de sectores medios dirigentes del proceso, en donde éstos son protagonistas u organizadores de otros actores sociales.

Durante ese periodo, surge en América Latina la idea de formar un tratado del Atlántico del Sur, para hacer frente a la expansión guerrillera en la región y en África ocurrida con la intervención directa del ejército cubano en Angola.

Las miradas sobre América Latina

La década de los cincuentas no sólo vio, en sus inicios, la consolidación de las teorías sociológicas y antropológicas sobre el mundo agrario, sino que —hacia mediados del decenio— ve aparecer en el imaginario intelectual un nuevo paradigma que orienta el sentido de las preguntas fundamentales del conocimiento y de la práctica ideológica: el

² El caso mexicano es especial, en la medida en que el respaldo a los movimientos guerrilleros no fue brindado claramente por el gobierno de Fidel Castro, pues el Estado mexicano fue el único país que mantuvo una política exterior independiente frente a Cuba y se manifestó en contra del bloqueo a pesar de las presiones. Este hecho no quiere decir que la izquierda mexicana no buscara el apoyo del gobierno cubano ni que México estuviera al margen del sistema de respaldo cubano a las guerrillas latinoamericanas ni que el gobierno mexicano impidiera la presencia de exiliados latinoamericanos en su territorio.



desarrollismo, que marca el inicio de la cientificidad en las disciplinas sociales.

Al finalizar la segunda Guerra Mundial, en el clima de la reconstrucción europea se inicia y amplía la discusión acerca de las condiciones que un país debe poseer para que su economía se desarrolle con rapidez y estabilidad. Volvió a la escena la idea de que el desarrollo se consigue mediante el recorrido y la superación de una secuencia de fases a manera de una carrera de obstáculos.

La formulación más sistemática de tal concepto fue obra de W. W. Rostow en una trilogía³ que culmina con su ensayo *The Stages of Economic Growth. A Non-Communist Manifesto*, aparecido en los primeros meses de 1960. El profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts distingue cinco “etapas de crecimiento” y su punto de partida es el concepto de sociedad tradicional.

La estructura de la sociedad tradicional rostowiana es determinada por funciones de producción limitadas, fundadas en la ciencia y tecnología prenewtonianas y en actitudes prenewtonianas respecto del mundo físico, en donde los cam-

³ *The Process of Economic Growth*, Oxford, 1953; “The Take-off into Self-Sustained Growth”, en *Economical Journal*, marzo de 1956, y “The Stages of Economic Growth”, en *Economical Historiae Review*, agosto de 1959. Este texto aparece como libro en 1960 y su versión española fue publicada por el FCE en junio de 1961.

bios se procesan con extraordinaria lentitud, a causa de su bajo nivel de productividad. La mayor parte de la población trabaja en la agricultura, lo cual se traduce en una rígida estructura social. En consecuencia, la estructura del poder político estará controlada por los propietarios de la tierra.

La sociedad tradicional no es sinónimo de sociedad estacionaria: su población puede aumentar y nuevas formas de producción, entre ellas la manufactura, pueden desarrollarse en su seno. El objetivo de Rostow es describir el paso de una sociedad tradicional a una de consumo de masas a través de cinco etapas, mediante cambios cualitativos impuestos tanto en la estructura económica como en las formas de comportamiento.

Cabe atribuir a Raúl Prebisch otro importante perfil de la base histórica que busca explicar el desarrollo de la economía moderna. La doble base de su formulación es ésta: a) el análisis de la propagación de la tecnología moderna y b) la distribución de los frutos del progreso técnico.

La característica más importante de la economía contemporánea —según Prebisch— es la coexistencia de un centro que produce desarrollo tecnológico con una vasta y heterogénea periferia. El centro tampoco es homogéneo, pues está formado por subconjuntos de importancia desigual, aunque hay una economía cuyo papel es el principal.

Los tipos de relaciones existentes entre el centro y la periferia contribuirán a los fenómenos de concentración del ingreso a escala mundial. Su principal aporte proviene del deterioro de los términos de intercambio de los países periféricos, lo cual favorece a las naciones del centro.

El desarrollismo es una ideología que concibe el movimiento de la sociedad global en un sentido concéntrico: del subdesarrollo al desarrollo; históricamente hablando, se sustenta en una noción del tiempo uniforme y lineal, bajo el supuesto evolucionista de que un estadio superior contiene desarrolladas las características esenciales de los estadios anteriores.

El desarrollismo se mantuvo hasta más allá de la mitad de la sexta década y presionó al mundo académico para dar una visión global de los fenómenos sociales y políticos.

La izquierda y el marxismo latinoamericano

El marxismo académico detona a partir de la Revolución cubana y se asienta con los movimientos estudiantiles de 1968. Estos dos hechos dejaron su impronta en la actividad intelectual, la cual dio origen a una teoría social comprometida

que se fue transformando a lo largo de la década de los setentas en una de las teorías hegemónicas de la interpretación social, hasta quedar convertida en una verdadera filosofía social y de la historia, con un marcado determinismo económico y un postulado político autoritario y excluyente, que en su visión más radical fue incapaz de dialogar con las otras visiones del mundo.

Una mención especial merece la revista cubana *Pensamiento Crítico*, que expresa la primera fase de la Revolución en la que un grupo de jóvenes intelectuales tiene una actitud crítica de análisis y de apertura hacia los distintos marxismos europeos, esencialmente el francés, frente a una visión ortodoxa y limitada del marxismo-leninismo de la Academia de Ciencias de la URSS que acabó por imponer en Cuba su visión cerrada y resuelta del mundo a partir de 1971, con un fanatismo dogmático y persecutorio de la inteligencia. Esta reforma cierra *Pensamiento Crítico* y acaba con la enseñanza de la filosofía y la creatividad crítica en la isla.

En gran parte de las sociedades latinoamericanas en donde los problemas agrarios eran, en la sexta e incluso en la séptima década, significativos, el marxismo latinoamericano dio prioridad a varias de las categorías del conjunto de las que forman esta teoría. Dichas categorías fueron la clave intelectual de la explicación de América Latina.

Las categorías *modo de producción*, *formación económica social* y *renta de la tierra* fueron centrales en la explicación de la realidad agraria latinoamericana, así como de su origen y límite. El uso de estas categorías llegó a ser el marco explicativo que sustituyó a la etnohistoria y politizó a la antropología social, heredera del funcionalismo y de la escuela de Chicago. En la gran mayoría de los casos, el marxismo traicionó su compromiso de explicar y se volvió una visión rígida del mundo. La fuerte carga ideológica de la práctica de la investigación social se vinculó a una creciente militancia en los centros universitarios y tendió a empobrecer la práctica y la reflexión teórica.

En esta otra concepción de América Latina, el pensamiento de izquierda desarrollado por la colección Casa de las Américas es fundamental. El texto que inaugura la colección, “¿Revolución en la Revolución?”, de Régis Debray, es un examen del papel desempeñado por los partidos comunistas tradicionales y una apología del movimiento guerrillero a partir de la experiencia cubana.

A mediados de los años sesentas, una parte importante de la literatura de izquierda estuvo constituida por los textos anticoloniales, en donde África aparece como la compañera de ruta en la liberación latinoamericana.

Las más significativas obras anticoloniales provienen también de Francia. ¿Quién puede olvidar el *best seller* *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, militante argelino, aparecido en Francia el año de su muerte (1ª ed. en francés, François Maspero, 1961; en español, FCE, México, 1963) y el prefacio de Jean Paul Sartre, quien el 10 de diciembre de 1964 consolida su presencia mundial al no aceptar el premio Nobel de literatura.

Es en ese mismo año de 1963, como prueba del antirracismo que reinaba en el ambiente, cuando se le concede a Luther King el premio Nobel de la Paz (14 de octubre de 1964). Actos anticoloniales y antirracistas complementan las manifestaciones realizadas en Berkeley y el Barrio Latino contra la guerra de Vietnam e inician la larga carrera de politización que emprendería la joven generación de la posguerra.

Entre el 3 y el 15 de enero de 1966 se crea en La Habana la Organización Tricontinental de Solidaridad de los Pueblos de África, de Asia y de América Latina. En Francia la Editorial Maspero será la encargada de difundir la revista *Tricontinental*.

En este periodo aparecen los nuevos pensadores de la sociología estadounidense, que confrontan, dentro de la tradición estructural-funcionalista, a sus clásicos.

La tradición sociológica de los Estados Unidos es revisada a principios de la década de los sesentas por una corriente de pensamiento en ascenso. Sin duda alguna, uno de sus principales representantes es Wright Mills, y su obra *La imaginación sociológica*⁴ constituye la otra lectura, en el interior de la tradición sociológica estadounidense, de sus clásicos. Wright Mills escribe a principios de los años sesentas una defensa de la Revolución cubana, *Escucha, yankee*, que será uno de los pilares teóricos de lo que se conoce como la *new left*, corriente cuyo órgano difusor más importante es la revista *Monthly Review*. *An Independent Socialist Magazine*.

El final del desarrollo y la eternidad de la dependencia

Sin embargo, la coherencia ideológica de la sociedad industrial desarrollada se resquebraja no solamente por dentro: la periferia fermenta sus respuestas sobre su propia condición de dominada. A mediados de los años sesentas se elabo-

ran las respuestas sistemáticas a la teoría del desarrollo. Esta nueva visión surge de acuerdo con el postulado de que América Latina no es *subdesarrollada*, sino *dependiente*. Es decir, no va llegar a ser, sino que ya es.

Al inicio del decenio en cuestión, la marcada desigualdad en la distribución del ingreso y la participación cada vez mayor de los capitales extranjeros en la economía pueden considerarse factores que alteran las hipótesis formuladas por los desarrollistas, en lo que se refiere al desarrollo autosustentado.

Una primera crítica teórica a la tesis del desarrollismo surge como economía política con una fuerte dosis de análisis histórico y sociológico, lo que origina una visión dinámica del desarrollo latinoamericano,⁵ en la cual no existe una tendencia al pase automático de una fase inferior de desarrollo a otra superior. Al contrario, la única tendencia a la vista es la de que los países subdesarrollados sigan siéndolo. Esta propuesta teórica, planteada por Celso Furtado a principios de los años sesentas, parte de una seria crítica a la teoría rostowniana de las etapas del desarrollo.

Otra vertiente crítica fue desarrollada por la teoría de la dependencia, que buscó recuperar la especificidad latinoamericana a partir del análisis genético-histórico y rompió con la noción evolutiva y sincrónica de las etapas de desarrollo, tal como había quedado postulada en la teoría rostowniana o en el proyecto general para América Latina elaborado por Prebisch.

La teoría de la dependencia rehace la historia de América Latina, la cual deja de concebirse como una sucesión de etapas de desarrollo y pasa a constituirse como un *continuum* con periodos significativos y coyunturas de inflexión. El texto más significativo de esta corriente es *Dependencia y desarrollo*, escrito por Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto en la segunda parte de los años sesentas.

Los años sesentas fueron también los más importantes años del debate latinoamericano sobre su identidad y condición en el mundo. Las políticas suscitadas a lo largo de esos años son la otra cara de la lucha por su liberación. ♦

⁴ En junio de 1966 se traduce al francés el texto de Wright Mills; *White Collar* aparece en la colección Textes à l'appui, de la editorial Maspero, con el título francés de *Les cols blancs*. El trabajo era anunciado como "Anatomía de un nuevo actor social, vanguardia involuntaria de la sociedad moderna".

⁵ Un texto importante en esta perspectiva analítica del desarrollo y el subdesarrollo es el trabajo de Osvaldo Sunkel y Pederio Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, 1ª ed., Siglo XXI, México, 1970 (en 1985 tenía 18 ediciones). En este trabajo, que es un texto producido en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), se realiza un examen crítico de los conceptos de desarrollo y subdesarrollo, y se concluye que el desarrollo no es un "momento" ni una "etapa" de una sociedad aislada y autónoma, sino parte de un proceso global de desarrollo del capitalismo. Los autores sostienen la hipótesis de que desarrollo y subdesarrollo son estructuras parciales pero *interdependientes* que conforman un sistema único, en el cual la estructura desarrollada (centro) es dominante y la subdesarrollada (periferia) es dependiente.